



DEBERES RELIGIOSOS Y SOCIALES

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

II.

AMOR Y TEMOR DE DIOS.

POR qué nos amas, hijo mio, á tu madre y á mí? ¿Por qué, entre todos tus amigos, has preferido el cariño de uno, sin embargo de no ser este ni el más bullicioso ni el más enredador? A nosotros nos amas porque somos tus padres; porque como tales cuidamos de tu educacion, de tu salud, de todo cuanto á tu vida es necesario, y fisica y moralmente te guiamos por la senda del deber: á tu amigo le distingues porque, simpatizando contigo más que con los otros, te hace partícipe de sus más preciados juegos, comparte contigo como tú con él los regalillos y aguinaldos que os valen vuestras felicitaciones, y os comunicais hasta vuestros pesares y alegrías, como si conociendo ambos un mismo

sentimiento, fuera mas intenso el placer y menos agudo el dolor. Pues si tanto amas á tus padres y á tu amigo, más aún debes amar á tu Dios, que no solamente es tu verdadero padre, sino que te ha redimido de la esclavitud del espíritu malo por medio del sacrificio de la cruz.

Hay mas aún: ¿por qué te complace y te atrae el apacible cuadro de la puesta del sol, á pesar de verlo todos los dias? Porque aquella luz vaga que se vislumbra tras los montes; porque aquel suave airecillo, llevando en su seno los aromas de mil flores, parece que va á dormirse entre el follaje; porque el ruiseñor, despidiéndose del día con sus dulcísimos trinos, y la solemne y melancólica voz de la campana llamando á los fieles á la oracion, conmueven tu alma, levantan tu espíritu, y derraman sobre tí un indescriptible bienestar del cual no querrias salir. Y si tanto amas ese espectáculo, ¿cuánto más debes amar á su Autor, al que lo reproduce todas las tardes, al que ha colocado en tu corazon el sentimiento que te permite estasiarte ante los encantos de la belleza? Sí, hijo mio;

ama á Dios sobre todas las cosas, pues á él y solo á él debemos cuanto somos: y si á la vista del bellissimo espectáculo que tanto te cautiva, prorumpes involuntariamente tu corazon en gritos de entusiasmo, en exclamaciones de admiracion y respeto, no apagues en tu interior esos gritos, pues que son himnos armoniosos entonados en alabanza de la Divinidad.

Pero en tu amor hácia Dios, más bien debe obligarte la gratitud que moverte la esperanza; es decir, que más presentes debes tener los beneficios que de Él has recibido, que no el galardón que puedas alcanzar por el cumplimiento de los deberes que te impone; pues si bien para amar debidamente á Dios es indispensable la concurrencia de ambos móviles en el amor, la superioridad del segundo sobre el primero podía degenerar en un exagerado amor propio, tanto más despreciable, por lo mismo que sería interesado. Tal vez no hayas comprendido de un modo claro lo que acabo de decirte: voy á recordarte la buena obra que hiciste un dia, guiado más bien por la idea del deber y por los buenos sentimientos que tu piadosa madre ha sembrado en tu corazon; y el recuerdo de ello, á la par que te explicará cómo debe ser el amor que debes á Dios, te servirá de norma para que en lo porvenir ajustes á la misma tus acciones todas.

Regresabas de paseo con el criado que te acompañaba, cuando de repente y al doblar de una esquina, sueltas las bridas, flotantes las crines, y lanzada al aire la abundosa cola, véstese dirigirse hácia vosotros un brioso coreel, que en su desatentada carrera atropellaba cuanto se oponía á su marcha rápida y veloz. Tú, escudado por Manuel, pudiste salvarte; pero no una pobrecilla niña, que horrorizada ante el peligro que corría, se vino al suelo al querer ganar la cercana acera para evitar el choque del desenfrenado bruto. Afortunadamente este pasó sin hacerla daño alguno; pero á pesar de que solo había experimentado en su caída una ligerísima contusion, no por esto eran menos tiernas y conmovedoras sus exclamaciones al ver una limpia cantarilla que llena de leche yacía en el suelo hecha añicos.—¡Desgraciada de mí! decía; ¿y cómo va á hacerlo mi pobre madre,

que enferma hace tres meses, solo puede tomar ese alimento que á costa del suyo le proporciona mi padre?—Conmovido tú ante tan triste escena, rogaste á Manuel diera á la niña cuatro reales, prometiendo devolvérselos de los que yo te había dado para juguetes; pero con la condicion de que nada debía decirnos ni á tu madre ni á mí. Aquel lo hizo, y tú recibiste aquella noche la bendicion de la enferma, que sabía lo sucedido por su hija, y la de tus amantes padres, que al conocerlo por medio de Manuel, lloraban de gozo y le pedían á Dios que conservase siempre bueno tu corazon.

Hoy, al manifestarte que supe tu accion, puedo valerme de ella para explicarte cuyo ha de ser el amor que debe el hombre á Dios, diciéndote que siempre debes proceder como cuando socorriste á la hija de la pobre. Si al entregarle tu dinero por medio de Manuel hubieses pensado que sabiéndolo yo te habría entregado cuatro reales por cada uno de los que desprendiste, tu accion habría sido interesada, y aunque buena, habría perdido su mérito á los ojos de Dios; pero encargándole al criado que nada me dijera, privándote del dinero que debía proporcionarte un juguete deseado, olvidabas tu propia satisfaccion por la satisfaccion del prójimo, y obrabas bien, solo para proporcionar el bien á los demas. Hé ahí pues de qué suerte debes amar á Dios. Dime ahora, hijo mio, y Aquel bendiga eternamente tus buenas obras: ¿no es verdad que te sentiste recompensado al considerar que habias tenido medios para socorrer la necesidad? ¿Y no es cierto que aun ahora mismo te has ruborizado al recordártelo, y has sentido que Manuel no cumpliera con lo que le habias pedido? Así, hijo mio, deben ser los buenos corazones; así es como se cumple con el santo precepto de amar á Dios.

Debes sin embargo evitar igualmente los dos extremos en que te haría caer la conviccion de que siendo Dios sumo bien, y agradecido á tus merecimientos, premiará siempre tus acciones, aun cuando en alguna ocasion te apartaras de la verdadera senda. Tan ciega confianza sería más infundada que la de aquel que colocando una esfera en un plano inclinado, pretendiera

que habia de ascender en lugar de precipitarse, ó la del labrador que esperara buena cosecha, sin mas trabajo que arrojar á la tierra la limpia semilla; pues aun cuando Dios por su infinito poder tiene en su mano la facultad de invertir las leyes físicas y naturales, es decir, el medio para obrar milagros, ni estos son tan frecuentes en el mundo, ni Dios los obra sino en situaciones extraordinarias. Pretender lo contrario, sería poner la Providencia á merced de la humanidad. Lo repito: ni debes abrigar una esperanza ilimitada, ni una desconfianza que te arrastraría á la desesperacion. Entre los dos extremos, hijo mio, vale más que puedan llamarte confiado, pues la desesperacion conduce al ateísmo, que es la negacion de la Divinidad. Basta la desconfianza para inferir una ofensa al Criador, pues es desconocerlo en sus atributos, olvidar su estremada bondad, y confundirlo con los hombres que se olvidan de sus obras, hasta de las más queridas.

En suma: para amar á Dios debes temerle; mas este temor no debe ser otro que el que abriga en su corazon la persona que desea complacer constantemente al objeto amado, y que por lo mismo evita por cuantos medios tiene á su alcance la realizacion de todo aquello que puede ofenderla. Un temor igual al que te inspira el amor que me profesas, pues nada te aflige tanto como los agravios que puedas ocasionarme, un temor *filial*, en una palabra, opuesto enteramente al temor *servil* que inspiran las continuas amenazas, y la idea de que la más leve falta debe ser castigada con severo rigor. Semejante temor de Dios sería la más atroz de las ofensas que podría hacerse á su infinita bondad, pues á la par que supondría una duda acerca de su misericordia, sería equiparar á Dios á los hombres, dotados de las más ruines y bajas pasiones.

En resumen: amas á tu padre; juzga que tu verdadero padre es Dios: ámale y témele como á mí; pero más que á mí; y obrando de esta suerte, jamás te desviarás de la senda que él mismo te ha trazado para que alcances la verdadera felicidad.

C. Vidal y de VALENCIANO.

UNA HISTORIA VULGAR.

I.

D. Modesto era un maestro de escuela que tenia muy buen carácter de letra y de alma, y se tomaba mucho interés en los adelantos de sus discípulos. Pero D. Modesto no era feliz, ó cuando menos no creia serlo.

Los niños son inquietos y revoltosos por naturaleza, y el pobre maestro agotaba en vano los recursos que su imaginacion le proporcionaba para hacer que el uno pusiese más cuidado en las mayúsculas, ó para obligar al otro á introducirse en la cabeza las definiciones del verbo y del pronombre.

No necesito ponderar con cuánta impaciencia esperaria D. Modesto la llegada del domingo. Si las vacaciones hacian la felicidad de los alumnos, no menos hacian la del maestro. Ya se ve, los domingos libres de escuela se divertía tanto D. Modesto, como que por la mañana partía piñones en el Campo del Moro; al mediodía le daba la patrona principio extraordinario, y por la noche iba al teatro de la Zarzuela.

Pero en medio de su aburrimiento y sus trabajos, de nada se acordaba tanto D. Modesto como de los placeres campestres. Él habia estado un verano en Getafe durante quince dias, y entonces vió las eras y aprendió el modo de eriar gallinas.

«Dejemos pues la escuela, se dijo para el cuello de su gaban, que no era muy de moda por más señas, y váyanse los chiquillos á dar que hacer á otro que no los conozca.»

Dicho y hecho: á los ocho dias estaba traspasado el infantil establecimiento, y su antiguo director se paseaba con chaqueta parda y hongo de alas anchas por los alrededores de un pueblo cuyo nombre no hace al caso.

II.

D. Modesto tenia un jaco tordo, un corral con muchas gallinas y sus gallos correspondientes, y algunas fanegas de tierra de labranza; y con todos estos utensilios, figurense Vds. si se divertiría la primera semana.

Pero llegó la segunda, y la tercera, y la cuarta; y unas veces se le morían las gallinas, otras se pasaban el tiempo cacareando y sin poner huevos; ahora llovía más de lo que se necesitaba; luego no caía una gota de agua de las nubes ni para un remedio; siempre, en fin, había motivos de sobra para rabiar y desesperarse.

III.

Por entretener el tiempo ocurriósele á nuestro héroe buscar novia. Hizo el amor á varias muchachas, y entre otros diversos placeres producidos por este recreo, encontróse una noche con la siguiente sorpresa:

Retirábase á su casa á eso de las ocho y media, despues de haber jugado al *tresillo* con el cura y el boticario, cuando una sombra que llevaba un garrote en la mano salió corriendo á su encuentro. La sombra pertenecía al cuerpo de un amante desdeñado, y escuso decir á Vds. que D. Modesto volvió á su casa cansado de dar gritos pidiendo socorro en balde, y con una carga de leña en las costillas.

IV.

Estamos en la luna de miel: es decir, lo está D. Modesto. ¡Qué mujer ha encontrado! Joven, bonita, rica, y tan inocente y amable como una paloma.

El afortunado novio vino á Madrid, gastó un capital en sedas y similor para la futura, y pasó tres semanas con el corazón henchido de amor, y sin pensar más que en su boda.

Ya tenemos casado al ex-maestro, como dije antes: ¡ay! si yo hubiera sabido hace algunos años lo que era el estado del matrimonio, decía á sí mismo, hubiérame ahorrado no pocos disgustos é incomodidades.

En efecto: el nuevo marido amaba á su mujer con toda su alma; ella le pagaba en la misma moneda, y el suegro y la suegra desvelábanse como si fueran sus verdaderos padres por complacerle en todos sus caprichos.

V.

—Pero en este lugar no puedo obsequiarte y colmar tu existencia de diversiones como yo

quisiera, bien mio, decía una mañana D. Modesto á su mujer.

—Estando á tu lado, no necesito más para ser dichosa; contestóle ella.

—Sin embargo, en Madrid hay teatros y paseos y otras diversiones. Vámonos pues á la corte, que tú no has nacido para estar encerrada en una aldea.

Viniéronse por consiguiente ambos cónyuges á Madrid dos dias despues de este coloquio, y D. Modesto vió cumplido su sueño dorado de comer, pasearse y no trabajar. ¡Qué vida tan feliz la suya en esta temporada!

VI.

¡Ay! un matrimonio sin hijos es un dia sin sol. Si yo tuviera uno tan solo, pensaban en su tiempo D. Modesto y su mujer, nada faltaba para mi dicha. Un niño ó niña, que para el caso es igual, nos divertiria con sus inocentes caricias, y hasta sería un nuevo vínculo que aumentara nuestro cariño.

Un hijo nos haria pensar en su educacion, en su porvenir. ¡Es tan sosa la vida cuando uno no tiene en qué ocuparse!

Debo advertir, sin embargo, que D. Modesto hubiera querido que el primer fruto de su amor fuese un niño; mientras su esposa, por el contrario, esperaba impacientemente una hija.

VII.

En Madrid no escasean las pulmonías. La mujer de D. Modesto cogió una, no se sabe dónde, y en un par de dias se halló á las puertas de la tumba. Cuatro médicos, dos de ellos homeópatas y otros dos alópatas, acabaron de abrirlas de par en par, y antes de cumplirse una semana, la pobre señora descansaba para siempre en el cementerio de la sacramental de San Luis y San Ginés.

D. Modesto se quedó por lo tanto sin su mujer y sin el dinero de esta. Puedo asegurar á Vds., bajo mi palabra, que durante los tres primeros meses, lo que únicamente echó de menos fué su mujer. Más tarde se acordó de ella, y también del dinero.

VIII.

Ya tenemos viudo y pobre á D. Modesto. Cuando el dolor producido por la pérdida de su querida compañera le dejó pensar en algo, empezó á calcular en qué se ocuparía. La vida de labrador ya le era odiosa; la escuela ¡oh! ¡jamás! ¡ponerse otra vez á enseñar las letras y el modo de coger la pluma!

Más de una noche se quedó sin dormir don Modesto consultando estas ideas con la almohada.

IX.

Si Vds. tienen hijos, llévenlos á la escuela de D. Modesto. Nadie los educará con mayor cariño y con más esmero.

D. Modesto dedica los dias de trabajo á sus discípulos, destinando algunos momentos á rezar por el alma de su difunta compañera; los domingos parte piñones en el Campo del Moro por la mañana, y va al teatro de la Zarzuela por la noche, y siempre parece feliz, aunque su aspecto tiene algo de grave y melancólico.

¡Ay! es que D. Modesto ha llegado á conocer que en el valle de lágrimas abundan estas más que la risa, y hoy es dichoso porque ha encontrado la manera de serlo: el conformarse con su suerte.

José Gonzalez de TEJADA.

LEYENDAS ESPAÑOLAS.

LA CRUZ DE PIEDRA.

(CONCLUSION.)

V.

Una noche que estaba el baron de Almuñiz, como tenia por costumbre, sentado junto á la ventana de su cuarto, apoyada la cabeza en la palma de la mano derecha para clavar con más seguridad la mirada en la casa de su amada, y no perder el menor incidente de lo que ocurriese en ella, pues era tal la oscuridad que apenas se distinguian los objetos, se levantó de pronto como herido por un rayo, y dando descompasa-

das voces de socorro, mandó que echasen las campanas á vuelo, y saltando en su caballo, salió del castillo á todo escape seguido de sus criados.

Un voraz incendio se habia declarado en casa de Ben-Alando: Víctor habia visto encender la hoguera, pero por ligero que voló á su socorro, no pudo contener los estragos del fuego: era tarde. La casa, construida en su mayor parte de madera, fué presa de las llamas, y el incendio inestinguible.

Toda la comarca acudió al lugar de la catástrofe, atraidos por las campanas del castillo; pero con sus esfuerzos no consiguieron más que amontonar escombros y cenizas.

Este siniestro, que puso en conmocion á toda la comarca, que probó una vez más las buenas relaciones que habia entre árabes y cristianos, pues con igual ahinco se veia trabajar á unos y á otros para extinguir el fuego, no fué casual, sino de mano airada.

Desahuciado el feroz Alí por la encantadora Zoraida, por la mañana, y viendo que no podia contar ya con los criados para robarla como le habian ofrecido dias antes, sino que en vez de secundarle le amenazaban severamente, para vengarse de todos prendió fuego á la casa encendiendo una hoguera—que fué la que vió avivar Víctor—debajo de la ventana de la jóven, confiando que en medio de la turbacion y sobresalto que causaria tan inesperado suceso, podria arrebatarla y llevársela consigo, para lo cual se habia provisto de un árabe corcel.

Advertidos los moradores de la casa del peligro que les amenazaba, prorumpieron en exclamaciones de dolor y desesperacion, y se lanzaron al campo por el instinto natural de conservacion. Pero repuestos los hombres que dormian al declararse el incendio, corrieron á buscar picos y azadones, y empezaron á derribar las paredes con gran denuedo, ahogando el fuego con capas de tierra; las mujeres abalanzáronse igualmente al peligro con las herramientas que les vinieron á mano, más para poner algo de su parte, que confiando en sus fuerzas. El incendiario, que se habia ocultado con el caballo detrás de un cañaveral que cercaba un estanque,

comprendiendo que aquel era el momento á propósito para efectuar el rapto, se echó como el águila sobre la presa, abrazóla por la cintura, se la llevó como si fuera una paja, y saltando sobre su caballo, suelto á toda rienda, emprendió el camino del monte.

Al ver la madre de Zoraida que la arrebatava su hija al feroz Ali, comprendió que toda su desgracia emanaba del bandido: echó á correr tras este dando voces de: ¡socorro! al ladron!... que me roba la hija de mis entrañas!... ¡al bandido!... Y corria á todo correr, sin que con sus voces y sus esfuerzos consiguiese llamar la atencion de los inmediatos y alcanzar á los lejanos. Jadeante, moribunda de cansancio y de dolor, cayó sin sentido en medio del camino, diciendo casi sin aliento: ¡Socorro!... ¡Salvad á Zoraida!

Cruzaba por su lado en aquel instante un ginete á todo escape, que acudia á extinguir el incendio, el cual oyendo aquellas sentidas exclamaciones de dolor, y un nombre que era mágico para él, refrenó la carrera de su caballo, y latándole el corazon como si presintiese que de las preguntas que la iba á dirigir le resultaria un grave disgusto, arrostrándolo todo por saber pronto la suerte que le estaba reservada, preguntó á la desfallecida mora:

—¿Amenazan devorarla las llamas donde está? ¡Decídmelo presto, por Dios, que correré á salvarla!

La pobre madre, que habia quedado casi sin sentido, agotadas sus fuerzas, hizo un supremo esfuerzo para contestar al que con tanta nobleza ofrecia salvar á su hija; pero estraviada su mente además por el dolor, no pudiendo combinar un concepto solo, balbuceaba: Ali.... roba.... Zoraida.

Estas palabras fueron pronunciadas tan quedito, que á no ser porque Víctor—que no era otro el ginete—participaba de su dolor, é identificados en la afliccion, comprendió el sentido de ellas, se habrian perdido en el espacio.

Al oir estas terribles palabras pesó el peligro que corria Zoraida, y volviendo su caballo, abandonó el camino que seguia, tendiendo la carrera hácia el monte, pues al descender de

este habia visto cruzar un ginete que le llamara la atencion la colosal figura que proyectaba su sombra en el campo iluminado por las llamas de la casa de Ben-Alando; pero no se habia fijado en él, considerando fuese algun moro envuelto en su holgado jaique.

Ese encuentro, y las palabras de la moribunda, que reconoció ser la madre de su amada en la espresion y en el dolor, le hicieron sospechar que el moro robador de su prenda era el ginete que tomaba el camino de la sierra.

Más de tres horas fué persiguiendo al infame raptor sin que lograra divisarle, cuando al trepar la cresta de una montaña le descubrió á su falda castigando con rudeza al corcel, que rendido y fatigado por la carrera, no queria avanzar un paso más aunque le despedazase.

Al divisar á Ali, corrió Víctor espada en mano á su encuentro, lleno de coraje y con brios para hundírsela en el pecho; pero comprendiendo el pérfido moro que lo que codiciaba el cristiano no era su vida tan solo, sino la de Zoraida, sacando con resolucion su puñal del cinto, y clavando su fiera mirada en el jóven, le dijo con satánica sonrisa:

—Avanza, si quieres, cristiano; pero te advierto que si das un paso, clavo el puñal en el corazon de Zoraida. Y blandió el acero, pronto á arrebatara la vida á su adorada.

Victor y Zoraida lanzaron un ¡ay! desgarrador, comprendiendo que la sentencia sería ejecutada por aquel malvado si el bondadoso cristiano intentaba arrebatara la codiciada presa.

Maldecia Víctor su desgracia sin atreverse á mover un pié, y hacia fervientes votos á su santo patron para que le socorriese en aquel trance; pero este no le oia; y tanto castigaba Ali á su caballo, que por fin consiguió ponerle en marcha, teniendo siempre levantado el puñal para descargarlo sobre la víctima si le acometia Víctor.

Desconfiaba ya el cristiano del buen éxito de su empresa, cuando, encomendándose á la Santa Cruz para acometer inesperadamente al bandido, tropezó el caballo de este, y derribando la carga, los arrojó á alguna distancia. Efecto de la desigualdad del terreno, rodó Zoraida unos cinco ó

seis pasos por la vertiente de la montaña, deteniéndola en la peligrosa descension unas retamas que estaban á la orilla de un ribazo: interpúsose con ligereza Víctor entre la víctima y el verdugo, y se trabó entre los dos un terrible combate, que dió por resultado la muerte de Ali.

Una estocada á fondo que le tirara Víctor le habia partido el corazon, cayendo sin vida á los piés de su caballo.

Apeóse el cristiano, dobló la rodilla en tierra, y descubriéndose con gran devocion, clavó los ojos en el cielo y oró.

Zoraida, que habia presenciado la contienda con el corazon oprimido, temiendo por su vida y la del cristiano, comprendiendo que la suerte del uno estaba reservada al otro, se levantó bendiciendo á Alá por el triunfo que habia otorgado á Víctor, y adelantándose hasta él, llena de agradecimiento y de amor, le contempló en silencio por no interrumpir sus oraciones, y viéndole estático, considerando que el cristiano que puede disfrutar de la mujer amada, atiende antes á la oracion que á su dicha, leyendo la gran fé de Víctor en la Santa Cruz que le habia oido invocar al acometer desesperadamente á Ali, se postró tambien á su lado, y repitiendo las palabras del Credo que rezaba en voz alta su amante, abjuró del error, y profesó en la religion de Jesucristo.

Volvió Víctor la cabeza oyendo que rezaban á su lado, y levantándose, al ver que era la mora que reconocia al verdadero Dios, lleno de satisfaccion y de entusiasmo, la alargó la mano diciéndola:

—María, serás mi esposa.

Tres dias despues de este sangriento combate fué bautizada Zoraida, la estrella brillante de la noche, con el nombre de María.

VI.

Despuntaba ya el dia, cuando Víctor y Zoraida emprendian el camino de la destruida casa de Ben-Alando.

Lleno de dicha el uno, de temor y de pesar la otra, pues aun cuando se consideraba dichosa al lado del hombre que amaba, temia por la suerte de sus padres, á quienes queria mucho,

sin embargo que Víctor ya le habia dicho quién era, y que su fortuna seria para su familia, la buena María, como se llamó despues, temia las consecuencias del incendio y de su rãpto.

El estado en que le contara Víctor habia encontrado á su madre, era la causa principal de su inquietud.

Ya se distinguian claramente los objetos cuando llegaron los dos jóvenes montados en el mismo caballo al lugar en donde Víctor dijo haber encontrado á la mujer de Ben-Alando: apeóse, reconoció el terreno; pero no halló más que señales de pisadas recientes, aunque confusas y medio borradas por los vestidos de alguño. Estas señales abarcaban todo el camino en línea trasversal, perdiéndose en la yerba de que estaba sembrada la falda de la montaña; pruebas inequívocas de que alguno se habia revolcado allí; pero no se podia sospechar qué direccion habian tomado los que le auxiliaran.

Sin saber qué partido tomar, montó de nuevo Víctor en su caballo, y ganando un pericueto, desde el cual se descubria mejor el campo y la *Cruz de piedra*, tendió la mirada á la comarca sin que divisase á nadie, y fijándola en la *Cruz maldita*, con ánimo de reverenciarla por el triunfo que habia alcanzado bajo su proteccion, creyó descubrir una mujer junto á las gradas del templete, que avanzaba y retrocedia, como si quisiera llegar á la cruz y no se atreviese. Visto esto por el buen cristiano, juzgando que fuese alguna mora que adoraba al verdadero Dios en el fondo de su corazon, pero que no se atrevia á darle culto público por temor de ser maltratada por sus correligionarios, se dirigió á Zoraida, y la dijo:

—Mi muy amada, se nos presenta ocasion de hacer una buena obra; no debemos desperdiciarla.

Y sin esperar que le contestase Zoraida, tomó el camino de la cruz, gritando:

—Decidios, buena mujer; abrazad con fé la cruz, y Dios os amparará, sereis feliz.

La mora, que reconoció al momento á Víctor, que notó que su voz estaba tranquila, y que su acento revelaba la dicha de que estaba poseido, se abrazó con fé á la cruz del Redentor,

y confesando que era el único, el verdadero Dios, la besaba con ardor, y cayó postrada á sus piés.

¡Qué dicha no fué la suya, qué contento no esperimentó cuando alzando los ojos para reclamar la gracia del Señor, vió á su hija que tambien se inclinaba ante la cruz que las habian enseñado á maldecir!

Un estrecho y prolongado abrazo fué la epopeya de sus sentimientos, la oracion el bálsamo de sus dolores.

Estaban orando María, su madre y Victor al pié de la *Cruz maldita*, cuando una cabalgata, en la que venia el padre Juan á la cabeza, pasó por allí. Eran Ben-Alando y sus criados que los conducia el sacerdote al castillo del baron de Almuñiz, en donde se les habia ofrecido abrigo, trabajo y proteccion.

Ben-Alando iba á pié, desconsolado, con la cabeza caida sobre el pecho, contemplando los estragos del incendio, que eran su completa ruina; pero su disgusto mayor era ignorar el paradero de su mujer é hija, que decia haber visto un criado como se la llevaba el bandido Alí en su caballo. La ausencia de Victor del lugar de

la catástrofe aseguraba al padre Juan la verdad del hecho; pero confiando en el valor de su señor y en la bondad de Dios, trataba de tranquilizar al pobre padre, exhortándole á que tuviese fé y confianza en el Dios de Israel, que ampara á los afligidos.

Oia Ben-Alando con respeto las palabras del sacerdote, pero se encomendaba á Alá; cuando

levantando los ojos al cielo para dirigirle sus preces, distinguió junto á la cruz á su mujer é hija; corrió loco de alegría á abrazarlas; pero se detuvo al llegar á las gradas del monumento, no sé si temiendo faltar á su conciencia, ó temiendo profanar aquel lugar.

Salieron Zoraida y su madre á su encuentro, y contándole cuanto les habia sucedido, ponderando ambas el valor y generosidad de Victor, y la proteccion que les habia dispensado Dios invocando la Cruz del Redentor, redujeron á Ben-Alando á que abdicase del error como ellas, y se convirtió al cristianismo.

Ofrecióles Victor su castillo, y desde aquel instante la familia de Ben-Alando fué la del baron de Almuñiz, siendo, como habia sido la suya, que se estinguia en él, modelo de virtudes evangélicas. Las campanas del castillo anunciaron con gran repique tan fausta nueva á los fieles de la comarca.

VII.

Doblaban las campanas del castillo del baron de Almuñiz dos años despues del dia que, reunidos al pié de la *Cruz maldita*, se habia convertido al

cristianismo la familia de Ben-Alando, que tomó el nombre de Fernando en la pila bautismal; pero su acento era fúnebre y de muerte.

Doblaban por el alma de María.

Como Luisa, la madre de Victor habia muerto al dar un heredero al baron de Almuñiz, y como aquella, dispuso la enterrasen al pié de la cruz que habia maldecido y derribado



Zoraida y Ben-Alando en el castillo de Victor.

sus padres en un principio, y que adoraron más tarde.

Fué enterrada segun dispuso en sus últimos momentos, de modo que en la losa de granito que cubre la sepultura se lee, aunque con bastante dificultad, el nombre de María.

La conversion al cristianismo de la familia de Ben-Alando fué el primer eslabon de una cadena no interrumpida de conversiones que se atribuian á milagros de la *Cruz maldita*, por ser al pié de esta donde solian abjurar de su religion; y el pueblo, rico siempre en creaciones fantásticas, vistió con agradables colores lo que no necesitaba de ajenos atavíos, porque fuera atentar á la belleza de la Venus de Médicis, cubriendo sus carnes por temor de ofender el pudor.

Faustino BASTÚS.

LAS DOS AMIGAS.

CUENTO. ¹

Hace algunos años que en una casa muy hermosa de esta córte vivian unos señores inmensamente ricos, y que tenian una niña de seis. Su nombre era Emilia, y estaba dotada de mucha aplicacion é inteligencia para todo cuanto se la enseñaba.

Mas por desgracia, estas bellas cualidades se hallaban eclipsadas por dos grandes defectos: era terca y habladora, y solo obedecia ó guardaba silencio cuando su mamá estaba presente, pues era la única persona de la casa á quien tenia algun respeto.

Además de su papá y mamá, Emilia tenia tambien abuelita, la cual vivia en su compañía; y esta señora, que ya era bastante anciana, mimaba tanto á su nieta, que la volvía peor; porque en vez de hacerse obedecer de ella, se hacia á sí propia el instrumento de todos los caprichos de la niña.

Emilia dormia con su abuelita; con ella iba todos los domingos á misa y á paseo, y á su lado

¹ Este cuento está tomado de un libro que la autora tiene escrito con el título de *Cuentos infantiles*, y que forma parte de un curso completo de educacion, inédito aún.

pasaba todas las horas que no empleaba en su colegio.

Pero la pobre señora padecia mucho con el mal carácter de su nieta. Emilia era voluntariosa, y cuando su mamá no estaba en casa por la noche, se acostaba muy tarde.

En vano era que su abuelita la dijese mil veces:

—Emilia, que tienes que ir al colegio á las nueve para dar tus lecciones: vamos á acostar.

—Déjame otro poco, contestaba la niña sin dejar sus muñecas.

—Vamos á la cama ahora mismo, repetía la abuelita despues de media hora.

—Luego iré, contesta Emila de mal modo, y continuaba en sus juegos.

Y de este modo se pasaban las horas hasta las once de la noche, en que la niña, cansada ya de sus juguetes, se acostaba por su gusto, y no por deber y obediencia.

Como se habia acostado tarde, por la mañana no despertaba hasta las nueve y media. Llegaba tarde al colegio, y no alcanzaba á ninguna leccion, aun cuando se lavaba muy de prisa y la recogian el pelo de cualquier modo, por llevarla lo antes posible.

Esta misma terquedad y desobediencia seguia durante todo el dia: cuando salia de casa, andaba muy despacio, ó corria como una loca; si habia llovido, tenia gusto en meter en el lodo sus piés, calzados siempre con lindas botitas nuevas; hacia del pañuelo una torcida, y mordía sus puntas, poniéndole sucio á fuerza de manosearle; todos los dias olvidaba sus libros, ya al ir al colegio, ya al volver á casa; así es que se quedaba sin dar leccion ó sin estudiar; y por mañana y noche costaba sumo trabajo el hacerla rezar sus oraciones, porque preferia hablar tonterías y hacer preguntas indiscretas, á encomendarse á Dios como hace toda niña bien educada.

Todas estas malas mañas desaparecian sin embargo cuando su mamá estaba á la vista: era aquella señora un poco severa con Emilia; no porque no la quisiese mucho, sino porque la niña abusaba de su bondad en cuanto la veia risueña y condescendiente. Un mimo de la mamá era siempre seguido de una grave falta de Emilia,

porque esta no estaba dotada de aquella ternura delicada, de aquella generosa gratitud, patrimonio de las almas tiernas.

El conocimiento de que las faltas de Emilia eran hijas de su mala índole, puesto que el temor del encierro ó de quedarse sin postres la hacia enternecerse, este convencimiento, digo, atormentaba á la buena madre: hay en los niños travesuras emanadas de la vivacidad de la imaginacion que se pueden perdonar; pero las faltas calculadas y combinadas con la ocasion, encierran una malicia solapada y una bajeza de sentimientos, que no se pueden disimular.

Las habladorías de Emilia eran tambien insoportables: contaba á sus compañeras de colegio cuanto sucedia en su casa; daba igual satisfaccion á las visitas de su madre, y como toda persona habladora, se iba acostumbrando insensiblemente á mentir; porque cuando no tenia nada que charlar, inventaba tonterías que contaba como verdades.

Un dia en que habia ido al colegio tarde segun costumbre, y que por esta razon la habia reñido su mamá, volvió muy contenta á su casa.

—Mamá, dijo al entrar, hoy ha ido al colegio una niña pobrecita, y la señora directora la ha hecho sentar á mi lado: además me ha dicho que yo la enseñaré desde mañana á leer y á hacer dobladillos.

—Eso será para que entretenida no hables, repuso su buena madre sonriéndose.

—La niña se llama Mariana, continuó Emilia: ha ido á encargársela á la señora directora una viejecita ciega con un perro, y la pobre mujer lloraba mucho.

—¿Ha llevado labor Mariana? preguntó la mamá, cuya curiosidad se habia escitado con la narracion de Emilia.

—No, contestó esta: su abuela, que es la ciegucecita, ha dicho que no tenia dinero para comprársela, y la señora directora la ha buscado un pedazo de tela, aguja, hilo y dedal: desde esta tarde la enseñaré yo á hacer dobladillos.

Al dia siguiente Emilia fué con su mamá al colegio, y tomó asiento al lado de Mariana, que acababa de llegar.

Era esta una niña como de siete años, de fi-

sonomía bondadosa é inteligente á la par. Emilia empezó al instante su papel de maestra, que desempeñaba con el mayor placer, en tanto que su buena mamá se informaba de la directora acerca de Mariana y de su abuela.

—¡Ah señora! dijo aquella, Mariana es nieta de una mujer escelente, y á la cual conozco hace muchos años: vivia con su hija casada y madre de Mariana; pero hace seis meses que ambos esposos han muerto de una enfermedad maligna: mi hermana da á la pobre anciana dos reales diarios y un cuartito en su casa; y yo me he encargado de la educacion de la pequeña Mariana, que es buena como un ángel.

La madre de Emilia contempló durante un rato á la pobre huerfanita, que seguia dócilmente los preceptos imperiosos de su maestra, y poco despues se volvió á su casa.

A los dos dias era domingo: despues de misa, Emilia fué con su mamá á casa de la abuela de Mariana, que ocupaba con su nieta un cuartito situado en un patio oscuro, húmedo y miserable.

Quando entraron estaba la niña quitando el polvo á las sillas, que eran muy viejas, armada de un gran plumero: el cuarto era pequeño y triste hasta el extremo; las cuatro sillas que arreglaba Mariana, una mesita de pino, y una cama cerrada con dos cortinas de percal oscuro, componian todo su mueblaje.

Mariana acercó con gran esfuerzo dos sillas, una para Emilia y otra para su mamá: rogóles con amabilidad que se sentasen, y se informó de su salud con suma gracia y dulzura.

La anciana Mónica, su abuela, se hallaba aún acostada en el lecho, y la madre de Emilia acercó á él su asiento para conversar con ella.

—¿Quién ha venido, hija mia? preguntó la pobre ciega incorporándose penosamente.

—Es la buena señorita que me enseña á coser, que viene con su señora mamá, madre mia, contestó Mariana sin aturdirse, y sin faltar á aquella cortesía delicada que parecia innata en ella; y luego volviendo á tomar su plumero continuó limpiando.

Su jóven maestra la seguia con una mirada curiosa y llena de admiracion: la miró concluir

su limpieza, y luego acercarse á un pequeño anafe colocado en un rincon de la estancia, y preparar una sopa con mucha destreza y agilidad.

—¡Qué! ¿sabes hacer sopa? la preguntó Emilia acercándose á ella.

—Sí, señorita, contestó Mariana con dulzura.

—¿Quién te ha enseñado?

—Nadie: mi abuela me esplicó cómo se hace.

—¿Y la haces tú todos los días?

—Todos.

—¿Sin cansarte?

—¿Quién haría el desayuno para mi pobre abuela, y quién me lo daría á mí si me cansase de hacerla?

—¿Y quién hace las demás haciendas de la casa?

—Yo, señorita: ya lo sé hacer todo. Yo barro, hago nuestra sopa de mañana y noche, arreglo nuestro lecho, ayudo á vestir á mi abuela, y la acompaño.

—¿Y no vas nunca á jugar al Retiro como yo?

—No puedo ir, porque no tengo con quien.

—¿Y no juegas en casa al menos?

—No tengo tiempo, aunque es verdad que guardo una bonita muñeca que me vistió mi pobre madre cuando vivía.

—¿Por qué no dejas los quehaceres y juegas con ella? Tu abuela es ciega, y no sabe lo que haces.

Pero me ve Dios, el cual sabe lo que hacemos todos.

Emilia quedó suspensa al oír esta contestación, y guardó silencio.

—Yo, continuó Mariana, rezo todas las mañanas para que el Señor me haga buena, y le pido á la Virgen cada noche que me libre de todo mal: y V. ¿no reza, señorita?

—No, contestó Emilia algo confusa: por la noche tengo sueño, y por la mañana me gusta ponerme á jugar.

—¡Ah! por eso es V. tan mala, según aseguran en el colegio, dijo Mariana con sencilla convicción: las niñas que no rezan son todas perversas é inobedientes; así lo dice mi abuela.

Entre tanto que Mariana hablaba con Emilia,

la anciana Mónica pintaba á la madre de aquella su triste situación.

—¡Ah señora! concluyó: ¡mi único consuelo se cifra en mi nietecita! en esa criatura, cuya docilidad y hermosa índole me aseguran que será un dechado de virtud: ella reúne el carácter más dulce al corazón más bello, y solo viéndola puede formarse una idea aproximada de sus excelentes cualidades.

—La veré desde hoy si V. quiere, señora Mónica, dijo la madre de Emilia á la anciana: todos los días vendré un rato con mi hija á pasarlo en compañía de V. y de su amable nieta. La mala índole de mi hija necesita el ejemplo de su preciosa niña, porque el carácter de Emilia es tan indómito como hermoso es el de Mariana, y deseo que la vista de esta amable niña corrija á la mía de sus muchos defectos: permítame V., señora Mónica, que yo me encargue del porvenir de V. y del de Mariana.

La anciana dió gracias á la noble dama con la gratitud más viva, y esta, después de una hora, durante la cual las dos niñas se hicieron excelentes amigas, se despidió de la buena Mónica, y salió con su hija.

El carácter de Mariana desplegó desde aquel día toda su hermosura: el estrecho y mísero círculo en que antes había vivido, no había dejado brillar las gracias de su índole y su extrema docilidad: servicial con su bienhechora, atenta á las lecciones que recibía en el colegio, ganó bien pronto á Emilia en todas las materias que á entrambas enseñaban; casi siempre callada y modesta, contestaba sin embargo con dulzura cuando la preguntaban, y jamás una palabra indiscreta salía de sus labios.

Lo que más sobresalía en ella era una estremada docilidad á todo cuanto su abuela ó su bienhechora la encargaban: todas las mañanas, no bien se levantaba, rezaba sus oraciones, y pedía á Dios la gracia de ser buena; y cada noche antes de dormirse le rogaba también que conservase la vida de su abuela, de sus bienhechores, y de la hija de estos.

Tan buen ejemplo hizo al fin que Emilia conociese todo lo feo de sus defectos; se volvió sumisa con su abuelita, y léjos de abusar de

su bondad, la obedecía como Mariana á la suya.

Dos años hacia que la buena mamá de Emilia cuidaba de la anciana Mónica, cuando murió esta, bien cuidada y asistida con el mayor esmero.

Antes de cerrar los ojos para siempre, rogó á los padres de Emilia que no desamparasen á su nietecita, á la cual dejaba sola en el mundo.

Aquellos la prometieron que la linda Mariana sería la hermana de su hija; y en efecto, el mismo día de la muerte de la anciana Mónica la mamá de Emilia se llevó á Mariana consigo, llamó á su hija, y las dijo abrazándolas á entrambas:

—Hijas mías, sed hermanas desde hoy; tú, Emilia, acaba de aprender la virtud con el ejemplo de esta pobre huérfana; y tú, Mariana, sigue enseñando á ser buena á mi hija, y tendrás en mí una amorosa madre.

Emilia se arrojó en los brazos de Mariana, que la estrechó con toda la efusion de su alma sensible y agradecida.

Desde aquel día ocuparon la misma habitacion, vistieron iguales, y emulando en bondad y talentos, dieron ambas gracias á Dios toda su vida por haberles concedido la dicha inestimable de ser amigas.

Ya veis, mis tiernos lectores, como la virtud jamás queda sin recompensa: Dios se la prepara desde su asiento de gloria; y por muy oculta y oscurecida que esté, brilla al fin con purísimo resplandor, y alcanza la proteccion benéfica de las almas buenas.

María del Pilar SINUÉS DE MARCO.

LAS ABEJAS.

I.

Entre los animales domesticados por el hombre, no hay otros acaso más curiosos ni más útiles que las abejas: curiosos, porque son tan interesantes, tan singulares sus costumbres, que bien pudiera escribirse un libro para darlas á conocer minuciosamente; y útiles, porque nos dan un alimento sabroso y casi celestial, como

la miel, y otra sustancia no menos preciosa, aunque no sea alimento, cual es la cera.

No faltará algun lectorcito que se ria maliciosamente viendo llamar animales domesticados á las abejas, que le dan casi tanto miedo como los ratones ó los lobos; pero no hay motivo para reirse ó dudar de ello ni tomarlo á broma, como se verá luego.

Las abejas (de *apicula*, diminutivo de *apis* en latin) son unos insectos himenópteros, cuyo tipo genérico es la abeja doméstica (*apis mellifica*). Se llaman insectos himenópteros, de las voces griegas *imin*, membrana, y *ptéron*, ala, los que poseen cuatro alas, dos mayores y dos pequeñas, membranosas y como tejidas finamente, segun se percibe mirándolas de cerca, y más si para observarlas se usa un lente de aumento.

Todas las abejas, á escepcion de las masculinas, que se llaman abejaorros ó zánganos, tienen un dardo ó aguijon encerrado en el vientre dentro de una especie de estuche ó vaina, cuyo aguijon echan fuera y clavan donde les place en ciertas ocasiones, produciendo una fuerte picadura. A cada lado del aguijon, en dos pequeñas bolsitas, guardan un líquido venenoso que derraman en la abertura hecha por la picadura, causando gran daño y hasta la misma muerte al hombre y tambien á los animales, si son muchas y á un tiempo las picaduras; lo cual es muy fácil que suceda, pues las abejas, lo mismo que las hormigas, casi nunca van solas. Efectivamente, las abejas viven siempre en sociedad numerosa, formando enjambres. En el estado libre ó salvaje, se reunen y cobijan en los huecos de ciertos árboles, siempre en sitios amenos, frondosos, abundantes en flores aromáticas, escondidos á las miradas indiscretas, al abrigo de los ataques de los demás animales, y apartados de todo mal olor y de todo ruido. ¡Cuánto misterio y cuánta delicadeza!

Pero ¿en qué se entretiene tan gran número de abejitas en tan reducido espacio?

Dueñas de un florido verjel, vuelan rápidamente á posarse en una y otra flor, chupan el jugo oloroso, y con esa dulce y modesta provision vuelven á su vivienda. Allí preparan, con

la cera que va rezumando de unas glandulitas existentes entre los anillos del vientre ó abdomen, multitud de celdillas, en unas de las cuales depositan la miel y en otras encierran los huevecillos para hacer sus crias. La miel es producida por la trasformacion que las abejas hacen sufrir en su estómago al jugo que chuparon de las plantas, y que ya trasformado en miel devuelven en los panales.

Averiguado en remotos tiempos el secreto retiro de esta colonia de insectos, y usurpada su dulce propiedad á costa tal vez de punzantes escarmentos, quiso el hombre aprovecharse del hallazgo y explotar el trabajo de esos animales industriosos. Y como el arte todo lo mina y perfecciona, el arte agrícola, despues de haber observado muy atentamente todas las condiciones y circunstancias favorables á la produccion de la miel y la cera, construyó á las afortunadas salvajes albergues tan superiores á los rústicos troncos de árbol, que debieron parecerles palacios encantados ó el bello ideal en que alguna vez soñaron, si es que las abejitas sueñan, cosa nada estraña en animalillos como estos que se pasan durmiendo cerca de cuatro meses al año, como luego diremos.

De este modo las abejas, antes salvajes ó silvestres, entraron, digámoslo así, en el seno de la civilizacion, y de la soledad de los bosques pasaron á vivir en compañía de los demás animales útiles, amigos del hombre. Y como suele suceder, la nueva morada, los cuidados que se les prodigan, y hasta los mismos alimentos, han ocasionado algun cambio favorable en la especie; en términos que la abeja doméstica no tiene la fiereza, el color oscuro ni la magnitud de la salvaje.

Las colmenas, que son una especie de canastos cerrados casi totalmente, pueden ser de mimbrés, corcho, madera, paja, argamasa de barro

y paja, etc. Las precauciones que requieren para servir de morada segura y saludable á las delicadas abejas, son innumerables. No conviene esponerlas al Norte ni tampoco al Mediodía, sino al Levante: en invierno es útil que las dé el sol, y hay que resguardarlas del frio muy riguroso:

en verano es preciso cubrir las de paños húmedos ú hojas frescas durante los ardores del sol, pues no haciéndolo así, la cera se ablandaria, dejando derramar toda la miel. Las colmenas deben fijarse en sitios tranquilos, floridos y abundantes en agua.

Hay una porcion de animaluchos enemigos de las abejas, y que por lo mismo conviene alejar de



Colmena.

las colmenas. Los principales son las hormigas, los chinches, lagartos, lagartijas, sapos, ranas, etc. Estos últimos, lo mismo que los ratones, se comen cuantas abejas encuentran; y muchas veces las acechan para devorarlas así que asoman la cabecita fuera de la colmena. Entre las fieras son muy aficionados á esta clase de rapiña los osos; y cuando un oso hace presa de una colmena, el desastre es completo, porque ya no queda nada: miel, cera, abejas y colmena, todo es devorado.

Un enjambre suele constar de veinte mil abejas hembras, que se llaman obreras, porque son las que fabrican la miel y la cera y construyen las celdillas, despues de estarse mucho tiempo yendo y viniendo, y pasando sin cesar de una flor á otra, para llevar materiales á su colmena. Hay además unas mil seiscientas abejas machos, zánganos ó abejorros, que son un poco más crecidos que las abejas obreras, pero carecen de aguijon. Y por último, hay una abeja hembra algo mayor que las otras, aunque no tanto como los abejorros, que se conoce generalmente con el nombre de reina. No hay más que una reina en cada enjambre, pero una precisamente. Si llega á morir, las demás obreras

buscan otra, y á veces se dispersan para formar otro enjambre.

(Se continuará.)

ARTE DE BORDAR.

II.

BORDADO AL ZURCIDO.

Cuando se rasga alguna tela de punto, se reúnen los hilos rotos y desordenados con una larga série de *puntos adelante*, cuyas líneas deben estar dispuestas de tal manera que cada puntada que en la línea pasa por debajo de la tela, se orille con la otra con una puntada que pase por encima.

A esto se llama *contra-poner* las puntadas, y este es el punto con que se hace el *bordado al zurcido*, el cual apenas se usa más que en las telas transparentes, como en tul de hilo, algodón ó seda, gasas, linones y muselinas muy claras. Para él se gasta hilo de zurcir ó de Flandes, bien torcido y brillante, cuando se trabaja en telas de hilo ó de algodón; y para bordar en tul de seda se usa seda fina, negra ó blanca, según el color del tul, aunque á veces se emplea algodón para el tul de seda.

Se pone ó monta la tela sobre un papel dibujado, forrado con otro en blanco, se cose el dibujo alrededor, y también se dan puntadas repetidas en medio, y aun en todos sentidos y direcciones, no estando demás ninguna precaución para asegurar con toda solidez el dibujo á la tela, á fin de que no se altere su forma, lo que seguramente sucedería si la tela se moviese. Es fácil de conocer que no se necesita tanta escrupulosidad en este punto cuando el dibujo se traza en la misma tela, y aun en las otras clases de bordados, ya porque en el primer caso no hay que temer el trastorno del dibujo, y ya porque no son los demás puntos tan delicados como el del *zurcido*, en el que la aguja, cogiendo cuatro ó cinco puntos á la vez, con mucha facilidad se encoge la tela sin querer no estando bastante estirada, y resultando arrugas sumamente desagradables, ó como se dice vulgarmente, se *afollaría*.

Los dibujos se componen generalmente de

hojas de diversas figuras, esto es, redondas como las de violeta, picadas ú ondeadas como las de rosa, prolongadas y puntiagudas, como las de mirto ó laurel; de ojetes sencillos y adornados, bодоques, ramitos, cordoncillos, lágrimas ó figuras de almendras. Tales son los objetos que por lo regular representan los dibujos.

Cuando hay que bordar hojas anchas y redondas, se comienza dando puntadas todo alrededor de la hoja, principiando por el tronco ó pié, y al llegar donde se comenzó se vuelve á subir por el centro hasta la punta de la hoja, dividiéndolo por medio con una línea de puntadas; luego se vuelve á bajar, contraponiendo dichas puntadas, y de este modo se continúa, yendo siempre en línea recta de abajo arriba, y de arriba abajo.

Para redondear la hoja, se va disminuyendo por grados la longitud de las líneas de puntadas, tanto por la parte de arriba como por la de abajo, hasta que por fin se terminen en dos solas puntadas, y mejor en una. Además es menester *disminuir*, esto es, ir colocando las puntadas de modo que el principio y fin de las líneas no presente ningún borde. Y aunque estas puntadas estén bien apretadas, el bordado ha de salir *sentado* y liso, de modo que estando bien hecho, las flores han de parecer tejidos.

Si el dibujo representa picos, en lugar de hacer cada línea al hilo, se hace al sesgo; y en vez de arrimarlos *paralelamente*, se cambiará el orden de las líneas; porque en este caso no se puede subir y bajar alternativamente la aguja, para no alargar la obra de un modo desigual; y así tan pronto hay que cargar las puntadas sobre sí mismas, tan pronto hay que hacer una *falsa bajada* ó una *falsa subida*, esto es, pasar ligeramente el hilo sobre la línea que se acaba de hacer, sea hácia arriba, sea hácia abajo, y particularmente si se borda sobre tul un poco grueso, pues muchas veces faltan randas en que contraponer los puntos, y se encuentra gran dificultad para hacer otros.

Otras veces se cuajan las hojas anchas con muchas puntadas atravesadas á manera de grecas, contraponiéndolas en todas direcciones, lo que produce una especie de mezcla llamada

vulgarmente *garrapateados*. Esta mezcla hace buena vista, pero es muy pesada, porque no se hace sino con hilo sumamente fino.

Cuájase tambien el centro de las flores, ó uno de los dos lados de las más grandes, con mil géneros de combinaciones ingeniosas; estas combinaciones reemplazan á los puntos de *encaje ó calado*, con los que tienen mucha semejanza.

Para hacer las hojas estrañas y puntiagudas, luego que se ha llegado á la punta se vuelve á meter la aguja por dos ó tres puntadas, bajando sobre la misma línea que se acaba de bordar, de suerte que aparezca á un solo golpe; en seguida se levanta la aguja del lado del dibujo que forma la hoja, y se llena ó cuaja *paralelamente* ó con líneas igualmente arrimadas unas á otras, y de alto abajo como se ha dicho para las hojas largas.

Las lágrimas ó figuras de almendras exigen para sus dos puntas el mismo método que se acaba de indicar para la estremidad de las hojas puntiagudas. Los *ojetes* se hacen lo mismo que los del bordado al *trapo*: los *troncos* y los *cordones* son tambien semejantes á los de esta clase de bordado, á escepcion de que se hacen las puntadas menos apretadas y un poco inclinadas.

Con el *bordado al zurcido* se bordan los cuellos vueltos, las papalinas, las pañoletas, los velos y los vestidos, y sirve para suplir el encaje, lo que se efectúa del modo siguiente:

Tómanse tiras de tul de algodón del ancho que se quiera, y se escoge un dibujo que imite los pequeños objetos, que comunmente se dibujan para el *encaje*; en seguida se bordan con hilo medianamente grueso, y luego se festonean en línea recta para imitar el encaje ó en *ondas*, si se quiere imitar el tul de picos. Se desmonta y corta la tira, esto es, se descose de sobre el papel, y se cortan con unas tijeras finas las pequeñas partes que quedan fuera de las figuras circulares ó cóncavas de las *ondas*; en seguida, alrededor de estas mismas, ó á la estremidad de la línea recta, segun la que se haya preferido, se cose una *puntilla*, la cual forma un estrecho borde del encaje. Si aún se quisiese

imitar con más perfeccion el *encaje*, se *desmonta* la obra antes de hacer el feston; se vuelve del revés, y puesta otra vez, se festonea de este lado, con lo cual el bordado parecerá más bien, porque no se descubrirán las desigualdades que forma el hilo, bien sea volviendo las líneas para abajo ó subir las puntadas, bien para tomar nuevas hebras. Sin embargo, no aconsejamos mucho esta operacion, porque es muy pesada y casi inútil, puesto que el lavado basta para hacer desaparecer las desigualdades.

Tambien se bordan con esta clase de bordado las bandas de tul de seda, unas veces con seda, y otras con algodón; pero en este caso solo se siguen las rayas del contorno de las flores y sus *venas* con puntadas largas, pues estas bandas no se lavan.

Algunas personas emplean esta clase de bordado ligero en el tul de algodón, lo que ciertamente se hace pronto; pero sale la obra fea y ordinaria. No se hace nudo á la hebra cuando se borda al *zurcido*, sino que se pasa la punta del hilo que se deja despues de haber casado casi toda la hebra en la hoja, pié ó línea inmediata, y se asegura allí pasándola y repasándola, y lo mismo se hace cuando se va á concluir la hebra.

Ignacio OLIVER.

LA PEONZA, EL TROMPO Ó PEON, Y EL TROMPO ALEMÁN.

La peonza es un trozo de madera de tres pulgadas de alto sobre dos de diámetro, y de figura cilíndrica desde arriba hasta la mitad, pues la parte baja es un cono, en cuya punta sobresale una especie de clavo. Consiste el juego en hacer girar este instrumento con un látigo de una sola tirilla de cuero. Es de mucho ejercicio, y muy divertido entre dos, pues juegan á quién hará andar más la peonza en menos tiempo. Hay peonzas que con un solo golpe corren á gran distancia, por ser menos pesadas y construidas en figura de hongos.

El trompo ó peon se diferencia de la peonza en que el hierro forma una punta fuerte y cónica, y en que se le rodea para hacerla andar ó bailar con un cordelito retorcido, cuya estremi-

dad se sujeta en el índice de la mano derecha. La rapidez del movimiento está en proporción de la violencia con que se arroja.

Para divertirse á este juego entre muchos, se forma un círculo en el suelo, en cuyo centro coloca cada jugador un cuarto, y despues de echar cada uno su trompo, se coge en la mano con alguna destreza para que no deje de girar, y procura dirigirle contra una de las monedas y estraerla del círculo, repitiendo la operacion mientras vive el trompo, y si lo consigue, gana el cuarto: en seguida entra otro jugador, y así sucesivamente.

Tambien suele ponerse en medio del círculo el trompo del que no ha sabido hacerle andar, condenado á que reciba tantos golpes convenidos de los que arrojan el trompo.

El trompo alemán es de encina ó de boj, construido en figura de pera, hueco y dado por dentro con

pez negra: los trompos alemanes más gruesos tienen á veces casi cinco pulgadas de diámetro, y en un lado una abertura redonda bastante ancha, y su cabeza la forma un clavo grueso de punta redonda, siendo la cola de casi dos pulgadas y del grueso de un dedo. Se rodea esta parte con un cordelito como el de los trompos ordinarios, y despues se introduce la punta envuelta en una especie de llave, horadada en figura de anillo en su parte plana, pasando lo restante de la cuerda por una aberturita hecha en uno de los lados de esta especie de anillo.

El niño que juega tiene con la mano izquierda la punta de la cuerda y con la otra el mango de la llave, y abriendo con rapidez los brazos, se desciñe la cuerda en un momento, saca al trompo de la llave, y le hace girar sobre su punta de

hierro, durando la rotacion bastante tiempo, produciendo un fuerte zumbido.

CUADRO ICONOLÓGICO.

ESPLICACION.—**La virtud.**

La virtud es sencilla, modesta; su espresion quiere decir fuerza, lucha; el ropaje blanco, su noble apostura, calma y resignacion; sus perfiles celestiales, atraen el respeto y veneracion de los humanos, por la dificultad que hay de conservarla. La piedra cuadrada indica que la virtud descansa sobre bases firmes é inalterables; tiene las alas desplegadas, porque aspira remontarse al cielo, aun cuando su imperio es en la tierra que debe recorrer, y que manifiesta el cetro; la pica es para defenderse de los ataques de sus enemigos, y tiene una corona de laurel para el que sea fiel á su culto.



Juego del trompo, peonza, y trompo alemán.

ENIGMA HISTÓRICO.

HISTORIA DE ESPAÑA: SIGLOS XV Y XVI.

Un cuadro representa una reina disputando con unos gatos; en segundo término hay un joven príncipe que llora á lágrima viva, contemplando el extravío de su madre, á quien adora.

(La solución en el número inmediato.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: **D. Ramon Vicente.**

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE A. VICENTE, PRECIADOS, 74.